

La UP no le dio un margen de negociación al presidente socialista

Silva Henríquez y Allende: El diálogo frustrado

"Mientras se sentaba, Allende declaró con satisfacción: Esto es Chile: el Presidente de la República, masón y marxista, se reúne con el jefe de la oposición, en la casa del cardenal. ¡Esto no ocurre en ningún otro país!" declaró Silva Henríquez.

La Tercera. 11 abril 1999

Antes del gobierno militar, el cardenal Silva Henríquez ya había tenido un papel determinante en la historia política de Chile. Fue una participación silenciosa. Los últimos meses del gobierno de Allende se parecían bastante a una tragedia griega. Todos los actores presagiaban un mal final, pero nadie hizo mucho por evitarlo. Allende intuyó, en la desesperación de esas horas, que la figura del cardenal podía ser su último bastión para encontrar una salida y por eso le solicitó su mediación para concertar una reunión, primero, con el ex Presidente Eduardo Frei Montalva y, posteriormente, con el máximo dirigente de la Democracia Cristiana, Patricio Aylwin.

En sus Memorias, Silva Henríquez rememora los detalles de esos inquietantes momentos. Su absoluta certeza de que venía lo peor y su empatía con el miedo de Allende ante el oscuro porvenir, lo llevaron a apostar por la única alternativa que le pareció viable: la recomposición de la confianza.

Sin embargo, la suerte ya estaba echada: la Unidad Popular no le dio un margen de negociación a Allende, las relaciones entre los uniformados y el gobierno se tensionaron y las movilizaciones sociales alcanzaron sus niveles máximos. El golpe de Estado pronto sería una realidad.

Relata el Cardenal: El Presidente Salvador Allende me llamó dos veces en privado durante mayo de 1973. Hasta ahora nunca había hablado de esas conversaciones. (...) En nuestras reuniones quedé las dos veces con la impresión de que Allende sabía que la situación se encaminaba hacia el desastre y que deseaba ayuda para salir del trance. Pero Allende también era un hombre de mundo, un político de muchos años, que en innumerables ocasiones había sorteado peligros graves y que sentía, por tanto, una gran confianza en sus capacidades. La primera vez mencionó el peligro de una guerra civil y fue como un fogonazo, una chispa en la cual se alcanzaba a vislumbrar el miedo, un miedo sincero y profundo a recortarse contra la historia como el Presidente bajo cuyo mandato se pudiera producir la peor de las desgracias nacionales.

Allende quería encontrar una manera de aproximarse a la DC. No es que él no tuviese medios propios para hacerlo, porque muchos políticos PDC conservaban una amistad antigua con él; quería que este acercamiento no pareciese una capitulación, sino un diálogo por el cual ciertos consensos básicos permitieran resolver los conflictos pendientes.

Sabía que sus amigos dentro del PDC pertenecían, casi sin excepción, al ala izquierda; y este sector había quedado en minoría poco antes, con la elección de Patricio Aylwin como presidente. (...). ¿Por qué me buscaba a mí para eso? Por dos razones: primero, quería tener una especie de "testigo moral" que fuese, según sus propias palabras,



"Si yo tuviera que analizar cuál gobierno ha sido más cristiano, en su cercanía con los pobres, si el anterior o el actual (de Allende), me costaría elegir", comentó una vez el cardenal a Frei Montalva, de lo cuál después se arrepintió profundamente.

respetable para los dos bandos; y, segundo, porque él, político masón, de formación atea, que casi no había tenido contacto con la Iglesia en su carrera, estaba convencido de que yo tenía una influencia decisiva en el PDC. Mi persistente negación de ello no lo convenció (...).

La segunda conversación se produjo cierta noche en que yo iba a cenar con el ex Presidente Frei. Allende me llamó con urgencia y me pidió que fuera a verlo por unos minutos, aunque retrasara mi llegada a la cena. Allí planteó directamente que su aspiración era conversar en privado con Frei, porque, decía, frente a frente, ambos podrían resolver todos los malentendidos y los desacuerdos que estaban haciendo ingobernable al país. (...).

Aquella noche de mayo le dije a Allende que me parecía difícil que Frei accediera a una reunión, considerando lo tenso del ambiente político.

Insistió en que Frei me escucharía, sugiriendo que en todo caso él mismo no tenía otra alternativa. Le prometí intentarlo (...).

La cena con Frei la había organizado el padre Baldo Santi (...). Frei había llegado puntualmente a las 21 horas y me esperaba en la puerta junto al padre Santi. Cuando llegué, ya cerca de las 22, les conté que me había llamado Allende. "La segunda vez en quince días", comentó Frei, cavilando.

LA NEGATIVA DE FREI

Durante la cena, los amigos presentes me pidieron que dijera cómo veía la situación del país, ante lo cual hablé largamente, insistiendo en la necesidad de que las fuerzas políticas buscaran un entendimiento (...).

Luego habló Frei. Lo hizo brillantemente, como siempre, aunque desde un ángulo que me pareció excesivamente pesimista. Dijo que el gobierno no controlaba a los sectores más exaltados y que la actitud de sus líderes, incluido el Presidente, era ambigua. Por tanto, no existían las garantías objetivas para que una gestión de acercamiento pudiese ser fructífera (...).

Discutimos un poco sobre estos puntos (...). Le dije que, en concreto, Allende quería conversar con él en privado, sin condiciones (...).

"Don Raúl, si usted me lo pide como católico, yo debo decir que sí, porque es mi pastor. Pero si me lo pide como político, debo decir que no".

"Se lo pido como católico", contesté.

Frei guardó silencio. Había un ambiente un tanto dramático y todos estábamos nerviosos, tensos, hasta irritables. En la conversación que siguió a ese instante, supongo que motivado por un deseo exagerado de persuadir a Frei, llegué a decir una barbaridad: "Si yo tuviera que analizar cuál gobierno ha sido más cristiano, en su cercanía con los pobres, si el anterior o el actual, me costaría elegir...".

Estuve mucho tiempo arrepentido por esto que dije. Supe que había herido a Frei como nunca antes (...). Se produjo un silencio tremendo y la cena terminó a los pocos minutos. Si hubiese imaginado siquiera lo que esta pachotada iba a significar para mi amigo de tantos años, hubiese pedido perdón de inmediato. Pero lo que recuerdo es que yo deseaba fervientemente que Frei tomara la iniciativa en la solución de la crisis política (...).

Pocos días después, Frei me envió una carta respondiendo a la proposición: "Con total franqueza, quiero decirle que después de leer cuidadosamente el último mensaje (presidencial), considero inútil esta reunión". (...).

Frei estaba siendo objeto de una de las peores campañas de prensa de todo el período. Unas semanas antes, las investigaciones en Estados Unidos sobre la intervención de la

CIA en la política chilena habían sido usadas para decir que el triunfo del PDC en 1964 fue posible por "el dinero del imperialismo". Los diarios de la UP llegaron a afirmar que el propio Frei había recibido dinero. Sé que dirigentes demócratacristianos pidieron a Allende que detuviera esas injurias, pero eso no sucedió.

EL ENCUENTRO CON AYLWIN

En agosto de 1973 el Presidente Allende me llamó para decirme que se necesitaba restablecer el diálogo urgentemente con el PDC; estaba convencido de que a lo sumo quedaban unas pocas semanas antes de que sobreviniera una revolución violenta (...). Agregó que no podía seguir contando con la dirección de la UP y que estaba decidido a tomar iniciativas personales para resolver la crisis.

No veía otro camino. Me pedía, pues, que "una vez más" lo ayudara; creía que una conversación privada con Patricio Aylwin sería un paso crucial.

Accedí. Llamé a Aylwin y le planteé directamente el punto. Podríamos cenar a solas, los tres, en mi casa, con total reserva. Aylwin estaba reticente. Sentía que la experiencia del diálogo anterior había sido muy mala. Se había comprometido ante la Junta de su partido de no participar en conversaciones secretas (...). Le subrayé que no quería intervenir en política, pero sí ofrecer una oportunidad sin compromisos, en la que se pudiera incluso y ojalá llegar a soluciones. Debo admitir que yo sabía que Aylwin aceptaría mis argumentos(...).

Después llamé a Eduardo Frei, consciente de que un paso de ese tipo debía ser conocido por él, que era la primera figura de la oposición y que tenía además una estrecha relación personal con Aylwin. Frei me dijo que conversaría con él. Aylwin llegó puntualmente a las 9 de la noche a mi casa. Pocos minutos después me llamó el Presidente Allende, para anunciar que estaba retrasado. Demoró más de una hora (...). Tras los aperitivos, los invité a pasar a la mesa. Nos acompañaría en la cena únicamente mi secretario, el padre Luis Antonio Díaz. Allende era un invitado perfecto para las ocasiones sociales. Actuaba con naturalidad, hacía gala de buen humor y pasaba con facilidad y elegancia de los temas triviales a los trascendentales (...).

"Cuesta mucho gobernar, señor cardenal", dijo. "Ustedes no se imaginan los esfuerzos que he tenido que hacer para cumplir el programa de gobierno de la Unidad Popular, a pesar de las muchas condiciones adversas con que día a día nos topamos. Sin exagerar, creo que este ha sido uno de los gobiernos que más dificultades ha encontrado para ejercer su tarea.

Pero creo que vamos a salir adelante. Yo soy optimista...".

Aylwin estaba tremendamente preocupado por el sentido del encuentro. No se sentía seguro de qué buscaba Allende y no quería que se convirtiera en una mera reunión de charla.

"Yo creo que el momento es muy grave, Presidente", dijo, "(...) Usted tiene que definirse, tiene que tomar una decisión política (...). Hoy en Chile nadie trabaja, Presidente; los partidarios del gobierno tiran cada uno para su lado y mantienen un clima de constante agitación. ¡Usted tiene que escoger! (...) No se puede estar bien al mismo tiempo con Dios y con el diablo. Usted no puede estar con Altamirano y con la Marina. No puede estar bien con el MIR y pretender estarlo con nosotros. Hasta ahora, usted parece querer conciliar lo inconciliable y, con su capacidad de persuasión, cree ir superando los obstáculos; pero eso es sólo transitorio. Para lograr soluciones reales, tiene que definirse".

Allende escuchó en absoluto silencio. Me pareció que percibía bien el dramático significado que Aylwin buscaba conferir a sus palabras y que quería acoger tanto su solemnidad formal, como su ansiedad de fondo con la mejor disposición (...).

"Estoy de acuerdo en que es imperioso institucionalizar el proceso de cambios. He insistido en que la gente debe trabajar para sacar adelante y no esperar todo del gobierno o del Presidente. He tratado de infundir una disciplina de trabajo, en el gobierno y en el país. Creo que he sido claro en ese punto. Pero qué pasa: que uno se encuentra con un aparato estatal lento, mucha veces ineficiente, que entorpece en vez de ayudar.

Pelear con la burocracia chilena es algo muy, muy difícil. No les voy a negar que entre mi propia gente se tiende a caer en estos errores; es algo que se los he dicho personalmente, muchas veces (...)"

"Perdone que sea insistente -dijo Aylwin- pero a mí, a nosotros, a mi partido, yo creo que también la mayoría del país, le parece que sus buenos propósitos y palabras no se concilian con los hechos".

Habíamos terminado la cena y ofrecía nuestra tradicional "agüita de cebada".

Mientras se sentaba, Allende declaró con satisfacción: "Esto es Chile: el Presidente de la República, masón y marxista, se reúne con el jefe de la oposición, en la casa del cardenal. ¡Esto no ocurre en ningún otro país! (...)"

Se despidieron cordialmente y me pareció, en algún instante, que había sido una buena conversación, que tal vez se había conseguido mejorar el clima. Pronto me di cuenta de que era sólo una impresión fugaz (...).

Ya no había espacio para la paz (...). Cuando llegó el lunes 10 de septiembre, muchas decisiones cruciales estaban ya tomadas. En lo que sería el último eco de nuestra cena, Allende envió un mensaje a Aylwin, diciéndole que estaba dispuesto a promulgar la reforma a las áreas económicas del país, dándose un plazo de tres meses para resolver qué se haría con las industrias y las empresas ocupadas de facto. La DC no aceptó eso. Paralelamente, el PC envió a Allende una carta en la que, según me han dicho, le entregaba plenos poderes para actuar como mejor lo estimara: era el único partido en esa posición.

Esa noche el Presidente redactó una minuta para un discurso en el que, según asegura el ministro del Interior de ese período Carlos Briones, testigo del minuto, anunciaría un plebiscito (...). Al parecer, Salvador Allende iba a elegir.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

